

Este es el quinto libro de la primera parte de la *Natural y General historia de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar Océano*: el qual tracta de los ritos é çerimonias é otras costumbres de los indios, é de sus idolatrias, é vicios, é otras cosas.

PROHEMIO.

En el libro terçero desta *Natural Historia* se expresaron algunas causas por qué se acabaron é murieron los indios de aquesta Isla Española, y tambien se repitió algo de la misma materia mas adelante en el primero capítulo del quarto libro, hablando en la calidad destes indios. Y porque mejor se entienda que esta culpa é castigo está principalmente fundado en los delitos é abominables costumbres é ritos desta gente, se dirán alguna parte dellos y de sus culpas en aqueste libro quinto. Por lo qual fácilmente se puede colegir la retitud de Dios, é quán misericordioso ha seydo con esta generación, esperando tantos siglos á que se enmendassen. Pues ninguna criatura dexa de conosçer que hay un Dios todopoderoso, y por tanto diçe el psalmista: «*los çielos recuentan la gloria de Dios, é las obras de sus manos denuncian el firmamento*»¹. Quanto mas que, como en el segundo libro dixè, que la Sancta Iglesia ya tenia en todo el mundo predicado en todos las partes dél el misterio de su

¹ Coeli enarrant gloriam Dei et opera manuum ejus annuntiant firmitatem (Ps. XVIII).

redempçion; pues estas palabras dixo Sanct Gregorio Magno, doctor de la Iglesia², el qual tomó el pontificado é silla de Sanct Pedro, año del Señor de quinientos y noventa, é la tuvo é gobernó catorçe años³; y Françisco Petrarcha en aquella *Summa* que escribió de las vidas de los Summos Pontífices, diçe que Gregorio tuvo la silla apostólica treçe años y seis meses é diez dias. Síguese que subió Sanct Gregorio al çielo, año de seysçientos é quatro; y aunque el postrero año de su vida se acabára de predicar en todas las partes del mundo (como él dixo) el misterio de la redempçion nuestra, han passado despues hasta que Colom vino á estas partes (año de mill é quatroçientos y noventa y dos años) ochoçientos é ochenta y ocho. Y despues que vino Colom á estas Indias, é passaron los chripstianos á ellas, corren hasta el presente año de mill é quinientos y quarenta é ocho, otros çinquenta y seys años mas, que serian novecientos é quarenta y quatro años des-

² Morales, lib. XIII, cap. X.

³ Eusebio, De temporibus.

pues de Sanct Gregorio. Y por tanto estas gentes debrian ya de aver entendido una cosa en que tanto les va (como es salvar sus ánimas), pues no han faltado ni faltan predicadores é religiosos çelosos del serviçio de Dios, que se lo acuerden, despues que las banderas de Chripsto y del Rey de Castilla passaron acá, puesto que lo tuviessen olvidado, ó que de nuevo se les tornasse á enseñar.

Pero en fin, estos indios (por la mayor parte de ellos), es nascion muy desviada de querer entender la fé cathólica; y es machacar hierro frio pensar que han de ser chripstianos, sino con mucho discurso de tiempo, y assi se les ha paresçido en las capas (ó mejor diçiendo) en las cabeças: porque capas no las traian, ni tampoco tienen las cabeças

como otras gentes; sino de tan resçios é gruesos cascos, que el principal aviso que los criptianos tienen, cuando con ellos pelean é vienen á las manos, es no darles cuchilladas en la cabeça, porque se rompen las espadas. Y assi como tienen el casco grueso, assi tienen el entendimiento bestial y mal inclinado, como se dirá adelante, espeçificando algunos de sus ritos é çerimonias, é idolatrias, é costumbres, é otras particularidades que al mismo propóssito ocurrieren é yo tuviere notiçia dellas hasta el tiempo presente. Y aunque esto se haga é note en aqueste libro, no se dexarán de deçir algunas cosas de las çerimonias é ritos, con otros, á donde quadren en otras partes destas historias.

CAPITULO I.

Que tracta de las imágenes del diablo que tenían los indios, é de sus idolatrias, é de los *areytos* é bayles cantando, é la forma que tienen para retener en la memoria las cosas passadas que ellos quieren que queden en acuerdo á sus subçesores y al pueblo.

Por todas las vias que he podido, despues que á estas Indias passé, he procurado con mucha atención, assi en estas islas como en la Tierra-Firme, de saber por qué manera ó forma los indios se acuerdan de las cosas de su principio é antecesores, é si tienen libros, ó por quáles vestigios é señales no se les olvida lo passado. Y en esta isla, á lo que he podido entender, solos sus cantares, que ellos llaman *areytos*, es su libro ó memorial que de gente en gente queda de los padres á los hijos, y de los presentes á los venideros, como aqui se dirá. Y no he hallado en esta generación cosa entrellos mas antiguamente pintada ni esculpida ó de relieve entallada, ni tan principalmente acatada é reverenciada como la figura abominable é des-

comulgada del demonio, en muchas é diversas maneras pintado ó esculpido, ó de bulto con muchas cabeças é colas é difformes y espantables é caninas é feroçes dentaduras, con grandes colmillos, é desmesuradas orejas, con ençendidos ojos de dragon é feroz serpiente, é de muy diferenciadas suertes; y tales que la menos espantable pone mucho temor y admiración. Y ésles tan soçiable é comun, que no solamente en una parte de la casa le tienen figurado, mas aun en los bancos, en que se assientan (que ellos llaman *duho*), á significar que no está solo el que se sienta, sino él é su adversario. Y en madera y de barro y de oro, é en otras cosas, quantas ellos pueden, lo esculpen y entallan, ó pintan regañando é feroçissimo, como quien él

es. Al qual ellos llaman *çemi*, y á este tienen por su Dios, y á este piden el agua, ó el sol, ó el pan, ó la victoria contra todos sus enemigos y todo lo que dessean; y pienssan ellos que el *çemi* se lo da, quando le plaçe; é apareçiales fecho fantasma de noche. E tenían çiertos hombres entre sí que llaman *buhiti*, que servian de aurispiçes ó agoreros adivinos; é aquestos les daban á entender que el *çemi* es señor del mundo é del cielo y de la tierra y de todo lo demas, y que su figura é imágen era aquella tan fea como he dicho, y mucho mas que se sabrá penssar ni decir; pero siempre diferente, y como la haçian en diversas maneras. Y estos *çemis* ó adivinos les decían muchas cosas, que los indios tenían por çiertas, que vernian en su favor ó daño: é aunque muchas veçes saliesen mentirosos, no perdian el crédito, porque les daban á entender que el *Çemi* avia mudado consejo, por mas bien suyo ó por haçer su propria voluntad. Estos, por la mayor parte, eran grandes hervolarios é tenían conosciadas las propiedades de muchos árboles é plantas é hiervas; é como sanaban á muchos con tal arte, teníanlos en gran veneraçion é acatamiento, como á sanctos: los quales eran tenidos entre esta gente como entre los chripstianos los saçerdotes. E los tales siempre traian consigo la maldita figura del *çemi*, é assi por tal imágen les daban el mismo nombre que á ella, é los decían *çemies*, allende de los decir *buhitis*. E aun en la Tierra-Firme, no solamente en sus ídolos de oro y de piedra y de madera, é de barro, huelgan de poner tan descomulgadas y diabólicas imágenes, mas en las pinturas que sobre sus personas se ponen (teñidas é perpétuas de color negro, para quanto viven, rompiendo sus carnes y el cuero, jun-

tando en sí esta maldita efigie), no lo dexan de haçer. Assi que, como sello que ya está impresso en ellos y en sus coraçones, nunca se les desacuerda averle visto ellos ó sus passados, é assi le nombran de diverssas maneras.

En esta Isla Española *çemi*, como he dicho, es el mismo que nosotros llamamos diablo; é tales eran los que estos indios tenían figurados en sus joyas, en sus moscadores, y en las frentes é lugares que he dicho, é en otros muchos, como á su propóssito les paresçia, ó se les antojaba ponerle. Una cosa he yo notado de lo que he dicho y passaba entre esta gente: y es que el arte de adivinar (ó pronosticar las cosas por venir) y quantas vanidades los *çemies* daban á entender á esta gente, andaba junto con la medicina é arte mágica; lo qual paresçe que concuerda con lo que dice Plinio en su *Natural historia*¹, confesando que, bien que sea el arte mas fraudulente ó engañoso de todos, ha avido grandíssima reputaçion en todo el mundo y en todos siglos.

Ni se maraville alguno aquesta arte aver adquirido tan grandíssima auctoridad, porque ella sola abraça en sí otros tres artes, los quales sobre todos tienen el imperio de la vida humana. Porque prinçipalmente ninguno dubda este arte aver venido de la medicina, como cosa mas sancta é mas exçelente que la medicina, y en aquesta forma á sus promesas, muy desseadas y llenas de halagos, averse juntado la fuerça de la religion. E despues que aquesto le subçedió, juntóse con esto el arte matemática, la qual puede mucho en los hombres, porque cada uno es desseoso de saber las cosas futuras é por venir, é creen que verdaderamente se puedan entender del cielo. Assi que, tal arte aviendo atado los sentidos

¹ Plin., lib. XXX, cap. I.

de los hombres con tres nudos, ha llegado á tanta sublimidad ó altura, que aun hoy ocupa la mayor parte de la gente, y en el Oriente manda á rey de reyes; é sin dubda allí nasció en la region de Persia, y fué el primero auctor deste arte Zoroastres, en lo qual todos los escriptores concuerdan. Todo esto que he dicho es de Plinio¹, á propósito de lo qual dice Isidoro en sus *Ethimologias* que el primero de los magos fué Zoroastres, rey de los batrianos². Por manera que en estas partes de nuestras Indias muy extendida está tal vanidad, é junto con la medicina la traen y exerçitan estos indios, pues sus médicos prinçipales son sus saçerdotes adivinos, y estos sus religiosos les administran sus idolatrias y çerimonias nefandas y diabólicas.

Pasemos á los *areytos* ó cantares suyos, que es la segunda cosa que se prometió en el título deste capítulo. Tenian estas gentes una buena é gentil manera de memorar las cosas passadas é antiguas; y esto era en sus cantares é bayles, que ellos llaman *areyto*, que es lo mismo que nosotros llamamos baylar cantando. Dice Livio que de Etruria vinieron los primeros bayladores á Roma, é ordenaron sus cantares, acordando las voçes con el movimiento de la persona. Esto se hizo por olvidar el trabajo de las muertes de la pestilencia, el año que murió Camilo; y esto digo yo que debia ser como los *areytos* ó cantares en corro destes indios. El qual areyto haçian desta manera. Quando querian aver plaçer, celebrando entre ellos alguna notable fiesta, ó sin ella por su pasatiempo, juntábanse muchos indios é indias (algunas veçes los hombres solamente, y otras veçes las mugeres por sí); y en las fiestas generales, assi como por una victoria ó vençimiento de los enemigos, ó casándose el caçique ó rey de la provincia, ó por otro caso en que el plaçer fuesse comunmente de todos, para que hombres é mugeres se mezclassen. E por mas extender su alegría é regocijo, tomábanse de las manos algunas veçes, é tambien otras trabábanse braço con braço ensartados, ó assidos muchos en rengle (ó en corro assi mismo), é uno dellos tomaba el oficio de guiar (ora fuesse hombre ó muger), y aquel daba çiertos passos adelante é atrás, á manera de un contrapás muy ordenado, é lo mismo (y en el instante) haçen todos, é assi andan en torno, cantando en aquel tono alto ó baxo que la guia los entona, é como lo haçe é dice, muy medida é concertada la cuenta de los passos con los versos ó palabras que cantan. Y assi como aquel dice, la multitud de todos responde con los mismos passos, é palabras, é orden; é en tanto que le responden, la guia calla, aunque no çessa de andar el contrapás. Y acabada la respuesta, que es repetir ó decir lo mismo que el guiador dixo, proçede ençontinente, sin intervalo, la guia á otro verso é palabras, que el corro é todos tornan á repetir; é assi sin çessar, les tura esto tres ó quatro horas y mas, hasta que el maestro ó guiador de la danza acaba su historia; y á veçes les tura desde un dia hasta otro.

Algunas veçes junto con el canto mezclan un atambor, que es hecho en un madero redondo, hueco, concavado, é tan grueso como un hombre é mas ó menos, como le quieren haçer; é suena como los atambores sordos que haçen los negros; pero no le ponen cuero, sino unos agujeros é rayos que trascienden á lo hueco, por do rebomba de mala gracia. E assi, con aquel mal instrumento ó

¹ Plin., lib. XXX, cap. I.

² Isid. Ethim., libro VIII, capítulo IX, De

magis. Magorum primus Zoroaster, rex Batrianorum.